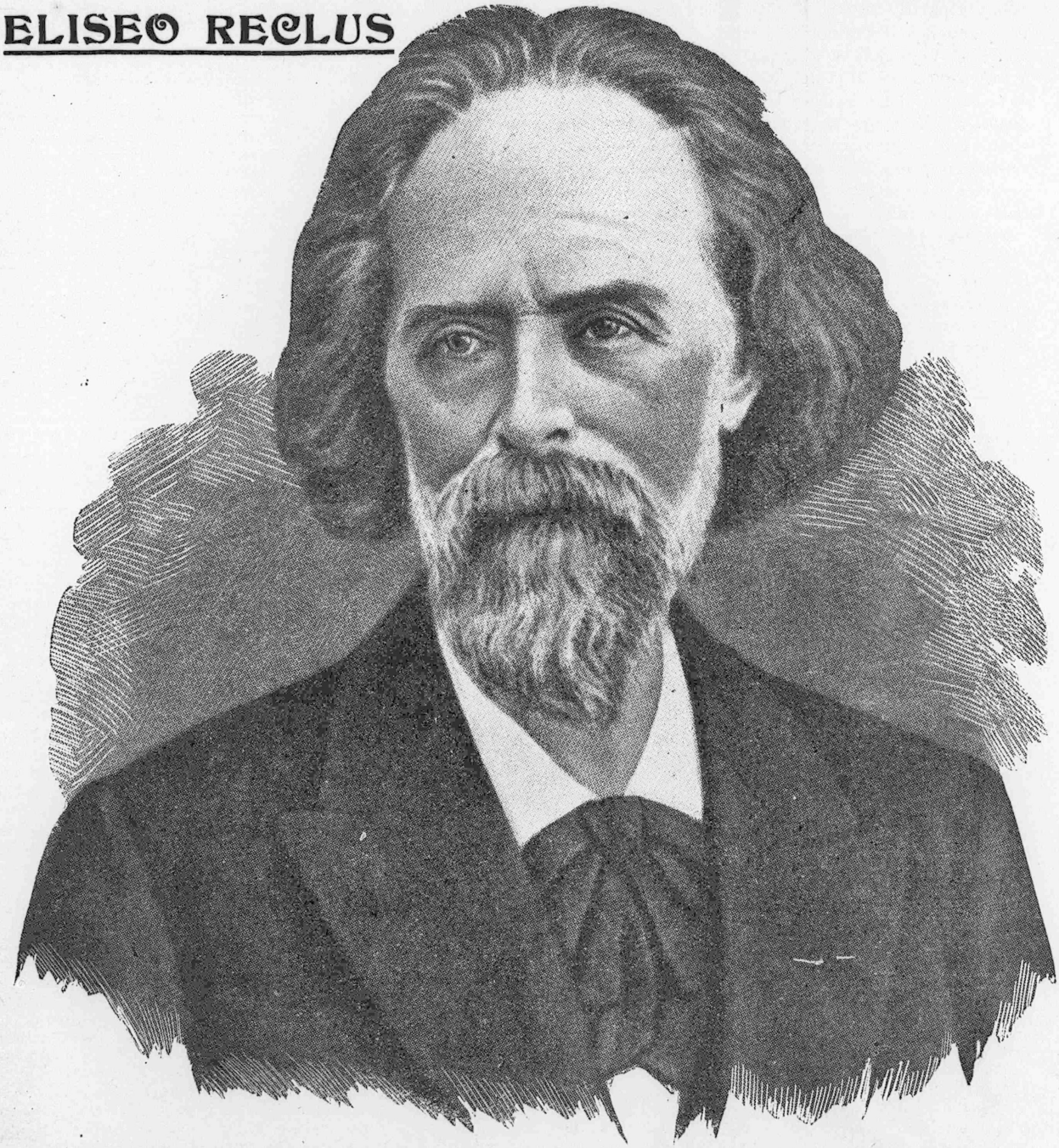
Núm. 23 Buenos Aires, Septiembre 20 de 1918 Oficina: Terrero 471

LA OBRA

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

Precio: 10 ctvs. PERIODICO DE IDEAS Trimestre: $ 0.60

ELISEO RECLUS



Altos picos, montes agrestes; valles profundos y cavados, tendidas llanuras o mesetas, tranquilas ensenadas y costas bravías, lagos y ríos y arroyos; el barranco de dónde ha desaparecido el arroyo y sólo corre el agua de lluvia, quedando sin embargo la humedad en las plantas, más verdes y de más especies que las que le rodean; ventisqueros o glaciares; vientos alisios o monzones, cargados de lluvia unos y los otros secos que se beben aún la humedad de la tierra; el árbol que se destaca con su individualidad propia en las zonas fría o templada, y se pierde como en una multitud en el enmarañamiento de los bosques del trópico; la flor que levanta la tapa de la nieve para aparecer; la vida de los insectos, los animales, del hombre: todo ésto, tomado en uno de los minutos de su marcha, le revelan su historia y su sentido, se lo cantan, se lo dicen, se lo murmuran, al hombre inclinado sobre ello, que nada distrae de su contemplación, que fué Reclus, el gran geógrafo, el gran sabio, que fué anarquista porque el universo entero le reveló su ley natural, porque nada encontró que le justificara la obra de un guerrero o de un rey, de un emperador, de un gobierno o de un parlamento.

Esto fué Reclus, a través de cuyas palabras todo marcha, camina, anda, como a despeñarse en una cascada y luego recomenzar su *circuito de las aguas;* para quien nada de lo del Universo fué indiferente, de la humilde flor hasta el astro y hasta la vida oprimida del hombre, que él quiso LIBRE!

En lata chica...

Nos empequeñecemos; vamos para el tamaño de un plomito, de esos que se ponen en el cierre de los sacos y las cajas. Sólo nos queda, sobre él, el sello, la estampa, nuestra inconfundible marca de fábrica no registrada en ninguna parte. Y todo sigue, como al principio, fabricado en casa: aquí fabricamos y aquí expedimos... Es fácil que se prefiera el paquete más pequeño, pero encerrando verdaderas *flores de te*, de una cuidada recolección, a otras más grandes, fabricadas de pacotilla...

Nuestros periódicos fueron siempre de una pequeña dimensión, chicos como la palma de la mano. Este era el más grande. Ya casi no lo abarcábamos con la mano, ni lo alcanzábamos con nuestros higos y aceitunas, dejando nuestras plantas secas... Llenarse solo dos sardinas una caja de las dobles, como hay que llenarlas aquí, casi hasta reventar la soldadura, era mucho pedir a dos sardinas tan flacas como nosotros. Nos achican la lata; pues estamos como antes... Para una lata sencilla, sí, somos sardinas de sobra...

Compañeros: arrancad hojas de la vida. La pacotilla pertenece a los burgueses, hasta para una cosa tan interesante, de tan grande importancia después, como son los juguetes de los niños. Si queréis que sus diversiones de hombres sean más tarde de pacotilla, no tenéis más que darles juguetes de pacotilla: agotad, si podéis, la pacotilla de todos los bazares y jugueterías; después se divertirán, gozarán como imbéciles con toda la pacotilla de los diarios, las revistas, los desfiles, las procesiones, los *juguetes hechos* en fin. Si queréis hombres que se creen su propio placer con su imaginación, arrancad hojas de la vida: arrancad un buen puñado de plomitos de las cajas o los sacos, y dádselos a vuestros hijos, como os damos los nuestros, a vosotros... Es así que el arrancar hojas de la vida está en manos de todos; y la pacotilla en la de los burgueses...

¡No les hemos envidiado nunca! Con nuestros plomitos de los sacos y las cajas, arrancamos hojas de la vida y *timpaneamos* a todos...

Ponednos este número más chico, al lado de los otros más grandes. Y ¡vaya! decid si queréis que os demos una gran pacotilla como *La Prensa* o *La Nación!*

Los carteles del camino

Un poema de Almafuerte

Cuenta Reclus que un botánico hizo una vez un reloj de flores. Primero dispuso el lecho de cada una de sus matas, despedregando y mullendo, como para una ceremonia de amor, la tierra. Luego las plantó en circunferencia.

Después... el reloj echó a andar naturalmente. Hasta que un día, cada hora tuvo una boquita virgen, rosa, amarilla, celeste que la cantaba. Abría cada sesenta minutos una corola distinta. La alborada sorprendió un corro de 24 matitas engalanadas y suavemente mecidas; como chiquillas que se amanecen danzando...

Se nos llena de fruición el alma pensando en este botánico... ¡Gran poeta debió de ser aquel tipo! Para él el tiempo no era oro, sino color y fragancia. Quién sabe que dulce cosa imposible tendría en el pensamiento que únicamente con flores podía pintarla!

Porque todo está en idea o ensueño dentro nosotros, primero. Lo que ponemos en tierra o de pie no son más que cosas nuestras, delicadas o terribles. Lo que quisiéramos ser; ¡eso somos!

El botánico de Reclus era un poeta de musa suave y gentil; y se florecía. Era de su corazón de donde brotaban lirios al amanecer, claveles al mediodía, violetas en el crepúsculo; orquídeas, nardos, jacintos y todas, todas las flores de vida fugaz e intensa, bajo la luna. Era su carne la hendida, la trabajada por los más sabios cultivos. Y era su aliento mortal el que robaba el perfume de las corolas, las mecía al alba!...

Un gran alto de entusiasmo, un bello asombro hemos tenido en esta jira, nosotros. Sin pensar dimos de pecho con un poema inédito de Almafuerte, en Salto Argentino. ¡Una manzana de tierra llena por él de eucaliptus!

—Estos los puso Palacios, cuando estuvo aquí de maestro, hace 30 años,—me dice mi acompañante. Los plantó con los muchachos de su escuelita. Representaban el mapa de la provincia de Buenos Aires...

Está este bosque en un flanco de la población saltense. Los contornos, es decir: los límites provinciales, están, ahora, mellados, hendidos a hacha y sequías. (Más vale así). Lo que queda se alza recto, verde y sonoro hacia el cielo.

Nidada de pajaritos ;sombra para el caminante; aliento de sanidad sobre el pueblo: ¡es este el mejor poema que conozco de Almafuerte! Quien sabe que bella cosa imposible quiso rimar con esa multitud de árboles, aquel hombre... Y él se fué a menos, a polvo, a nada; y ellos quedaron cantando, creciendo, aromando el viento.

Arroyitos

Las orillas de los ríos fueron siempre los oasis predilectos de los nómadas. Hoy mismo, es en las barrancas, sobre las playas o debajo de los puentes, donde se acogen con más placer los «dingheras». Y es que el agua nos enternece la entraña, si la bebemos; si la miramos correr se lleva nuestras fatigas, cantando.

Sabéis la vida que hacemos: cama extraña, ambiente hostil, entendimientos cuadrados que hay que atacar como a troncos de lapachos. Y pues que aún no se inventó una maquinita que haga revolucionarios, tenemos que maniobrar herramientas primitivas para hacerlos: gritos, gestos, cabezasos. — Compañeros, compañeros: quien trabaja de ese modo, tiene sed siempre; precisa un río a sus pies!

Hay más: llegamos hasta vosotros enmascarados de polvo; nuestras ideas ante el público alzan luego polvaredas en todas partes; y mientras estamos ahí, vuestro pampero parece que se entretiene en recoger tierrales en los rastrojos y volcarlos sobre el pueblo. Con frío o con sol, tierra y tierra. Y si llueve, lodo, fango... Y bien, pues: todo eso es nada si tenéis cerca un arroyo y nos lleváis a que lo veamos.

Arroyitos de los pueblos!... Están siempre en las afueras, donde comienzan las chacras. Vienen de lejos, de lo alto. Son las flores de vaya a saber qué bosques de piedra; los suspiros de nostalgia que envían los casquijales estériles al llano fértil.

Se manchan mientras descienden; llegan turbios y cansados. Así mismo tienen fuerza para mover las turbinas y darle una mano a los molineros. Y todavía llevarse nuestras fatigas cantando.

¡Camaradas, camaradas: utilizádnos en todo cuanto queráis; pegad con nuestras cabezas en las caras de los amos; enarboladnos como hachas o como escoplos! ¡Dele y dale!... Pero, acordáos también: el que anda tiene sed siempre. ¡Llevadnos a visitar el arroyito del pueblo!

Los caminos

Los caminos son ideas, frases de la voluntad escritas sobre la tierra. Versos rebeldes tallados a talonazos. Los caminos se parecen a esos pensamientos fuertes, universales que unen, enhebran, para un designio común, a los pueblos más distintos y lejanos.

Igual que el propio destino, nos fué escamoteado el suelo. Los miserables miramos ondear los trigos, por arriba de los cercos, como caudales al sol, legendarios. Sabemos que es en el oro de esas espigas que labran como una joya los panaderos, el pan...

Los caminos son rebeldes a este escamoteo burgués. Entre la masa de tierra que éste encarcela y explota, sólo ellos huelgan, pasean, caminan. Parecen hombres de acción, algunos; tipos que han saltado el cerco, los alambres de la ley y que marchan de a pie al bosque o la montaña. Tienen el barro de todos los temporales, las cuestas y encajaduras propias de todo el que avanza a su fin en línea recta; y por polvaredas, también: las que levantan los perros que les salen a ladrar!...

En el libro de la Historia, lo único que no está sucio de sangre es lo que no escribió todavía el pueblo: las entrelíneas, que son como las veredas del ideal, blancas. Y en la tabla del planeta, lo que le vamos ganando a los propietarios son los caminos abiertos a talonazos. El sentido de la vida radica en éstos, yo creo; porque son como los genios, senderos de humanidad; libres hasta para los esclavos. Por arriba de los

siglos el destino y la esperanza se dan en ellos la mano.

Los caminos son ideas, frases de la voluntad esculpidas en la tierra. Y si hay una alma infinita, igual y varia en el Cosmos, seguro que está cruzada de nuestros antepasados. Seguro que en nuestros nervios resuenan de tiempo en tiempo los talones de Espartaco. Y que estas desesperanzas que a veces nos rinden suyos son caminos a la sombra, orejas sobre el recuerdo, senderos que se nos abren...

Nosotros somos caminos, también. Los ideales anarquistas son sendas de humanidad: unen, enhebran, para un designio común, a los hombres más distintos y distantes. Y nosotros somos eso. Y por eso en nuestras letras hay barro de todas las tempestades, y cuestas y encajaduras propias de todas las marchas en línea recta; y polvaredas también: las que levantan los perros que nos salen a ladrar!...

Septiembre de 1918.

R. G. Pacheco.

Parlamentarismo, sindicalismo, individualismo, catolicismo

Vengamos a lo real: la cuestión para los trabajadores todos, de aquí y de allí, lo mismo los reunidos en un sindicato que pertenece a una Federación, que los reunidos en un sindicato que quiere permanecer autónomo, y los que no están reunidos en ningún sindicato y no han oído hablar de nuestras ideas, y habiendo sido todas sus vidas muy miserables no piensan que existan estas cuestiones tampoco, pues no piensan que pudieran hacer experimentar un cambio a sus condiciones nunca, es de «golpear, forzar en lo posible y tratar de sacudir la organización social que les oprime». Restablezcamos la unidad de la cuestión social de los proletarios, frente al gobierno y la riqueza y en fin a todo el orden actual, y que es la misma para los que estando asociados en un sindicato pueden ejercer cierto control de sus condiciones de explotación, y que no dejan de seguir explotados por eso—siempre asalariados—, y de sostener sobre ellos un orden depresivo e inicuo, cual es el del Estado. Tanta necesidad como todos de ir a otra finalidad, a otra sociedad, de emanciparse efectivamente de sus yugos sociales, tienen esos trabajadores que, por los errores que han difundido entre ellos tanto el sindicalismo como el parlamentarismo, consideran ya cumplido su objeto, cuando no más dictan ellos sus condiciones de explotación, como podrían elegir la cuerda que ha de ahorcarlos o el gobernante que ha de mandarles. Deben darse cuenta que su situación de asalariados, lo mismo que la de vasallos, no ha variado ni puede variar esencialmente, con que ellos mismos dicten sus condiciones de explotación o elijan al que ha de gobernarlos. Si existe la misma organización general de la sociedad, los mismos amos y los mismos vasallos, los mismos poderes e instituciones del Estado—ocupados por quien quiera; esto no tiene importancia—, el mismo sistema económico que produce a pobres y a ricos y los trastornos que no está en nuestras manos evitar, quiere decir que nada ha cambiado, como pueden verlo los mismos obreros cuya situación es tan miserable e incierta como antes; de manera que después del sindicalismo y después del parlamentarismo, subsiste la misma cuestión, que es con la riqueza y con todo el orden actual, causante de la miseria del trabajador, de las carestías y de las guerras, y en fin de todos los males sociales...

Esta cuestión no podrá tener ni siquiera dulcificación dentro de la legalidad ni respetando ninguna de las instituciones actuales. Todas ellas condenan al trabajador a ser lo que es en esta sociedad, pues sostienen al gobierno y a la propiedad como los verdaderos pilares de todo, siendo sus asuntos los únicos interesantes y que se resuelven a costa del trabajador, como si fueran los de éste los más interesantes, se resolverían a costa del gobierno y de los propietarios, haciéndolos desaparecer; y en este punto toman también al trabajador el parlamentarismo, el sindicalismo y aún el individualismo, según veremos después, para mantenerlo siendo lo mismo, es decir, para hacerle marcar el paso allí mismo, sin dejar de ser el esclavo que es en esta sociedad. Si fuera diferente, el trabajador sería otra cosa, y reclamaría también otras cosas que las que reclama por medio del parlamentarismo y del sindicalismo, y no tendría tampoco necesidad de forzar la legalidad con la huelga—como es ya necesidad a cada paso y a cada momento— ni de forzar la legalidad (y el parlamentarismo y el sindicalismo) con la «expropiación», para no perecer de hambre miserablemente, en el seno de nuestras ciudades populosas, aturdidas por el paso de tranvías y automóviles en que van hombres y mujeres indiferentes, como si se encontrara perdido en un desierto donde no creciera una hierba, ni hubiera un reparo ni se hallara hombre ni casa ninguna: lo cual es también necesidad para un número de proletarios «sin pan y sin trabajo» todos los días, a pesar del parlamentarismo y a pesar del sindicalismo, y no habiendo descuidado ellos por su parte votar en las elecciones y por el candidato socialista para mayor seguridad, ni asociarse a su sindicato, ni hacer que éste permaneciera autónomo o se adhiriera a la Federación del IX Congreso y no se metiera en ningún movimiento aventurado o revolucionario, para más seguridad también... Si quiere tener cierto control de sus condiciones de explotación, cuando tiene la felicidad de ser explotado, lo que no siempre ocurre y es ciertas veces un verdadero privilegio, debe ir a la huelga; si reclama algo más, o quiere ejercer alguna clase de acción en su beneficio, cuando no es explotado, quiere decir cuando no está ocupado y no debe comer tampoco, debe ir a la revolución.

El sindicalismo puede convertirse en una adormidera también como el parlamentarismo. Se distingue como éste, porque no levanta nada y su horizonte es todo el de la burguesía y ninguna cosa más para elevar la aspiración de los proletarios; porque sólo puede legislar o hacer valer su fuerza beneficiosamente para los trabajadores que están ocupados, y nada tienen que decir a los demás, de los que al contrario tiene que percaverse o defenderse como se defiende de ellos toda la sociedad; y porque no puede sufrir ni tolerar en su seno que los esclavos reclamen dejar de ser esclavos, lo cual es cosa de anarquismo... Por eso decimos que toman al trabajador como es en esta sociedad, y hasta como está en ella ocupado o desocupado, y hacen el mayor esfuerzo para mantenerlo sometido a su estado, sin ideas ni actitudes revolucionarias. Los que por su parte creen que no existe más que una cuestión personal, de libertad interna, creen también que no existe, para los trabajadores ocupados, más que una cuestión gremial, de simple defensa sindicalista. Es así que no hay sindicalistas más sindicalistas que los que se titulan individualistas en filosofía. La curiosa manera que tienen de entender la libertad, les presenta aceptando en el fondo o tácitamente esta sociedad. Una variación de esta manera de entender la libertad interna, es decir sin significación alguna exterior, nos la da monseñor De Andrea en el párrafo que transcribimos de una de sus conferencias:

«Nadie como el cristianismo quiere la libertad, por eso la implora no del mundo, del cual sabe que no la debe esperar, sino de Dios. Diariamente, después de pedir por los intereses de la gloria de Dios, pide por su existencia, y luego en una invocación suprema y final como para que quede flotando en la atmósfera que respira, implora aquello que cree que le es indispensable a su existencia para que le valga la pena de vivirla: pide la liberación de todo mal, es decir, de toda esclavitud; pide la libertad y se levanta con el alma exuberante de ella, porque vuelve a las luchas de la vida con el alma llena del Espíritu de Dios, y Dios ha dicho que donde está su espíritu está la libertad».

Esta libertad no está en desacuerdo con el estado de esclavitud del trabajador; con el que no está tampoco en desacuerdo el parlamentarismo y el sindicalismo, que dentro de tal estado ensayan todos sus vuelos... Veamos lo que dice en un periódico uno de estos individualistas, cuya poca importancia a los obreros y a las grandes ideas sociales que podrían ellos mover, es una afectación: por medio del sindicato pueden procurar los obreros (ocupados) que el patrón no tenga más que una pequeña ganancia correspondiente al interés del dinero o algo más; la desocupación debe ser combatida por medio del turno entre obreros (a costa de los obreros; tú que no puedes llévame a cuestas); con esto quedan resueltas las cuestiones actuales. Pues... no quedan resueltas, o quedan resueltas en «burgués», a costa del trabajador siempre. El vasallo trabajador se encuentra siendo lo que le manda ser la sociedad y nada más. El propio sindicato debe tomar en cuenta muchas veces que ya el patrón no gana, y debe aceptar la disminución de salarios o el despido de obreros. ¿No es ésto lo que pasa? ¿Y entonces que solución es ello? Y lo mismo pasa con el turno entre obreros para combatir la desocupación: si todos los obreros que en ciertas circunstancias quedan sin trabajo—y no estamos muy lejos hoy de estas circunstancias—se turnaran para hacer un jornal, sólo se lograría que la miseria fuera general y la situación desesperada para todos. Esta solución se parece a aquella de los burgueses que para conjurar la miseria... predican el ahorro. Ah! sí; el sindicato comprueba a veces que hay mucha miseria circulante, a la cual nada le vale el parlamentarismo y nada le vale el sindicalismo, y entonces debe aprestarse a defenderse contra ella: comprueba la existencia de una horrible cuestión social...

En una palabra: hay mucho que comprueba, en el desarrollo mismo del sindicalismo, la existencia de una enorme cuestión social que se interpone para resolver o medio resolver siquiera las cuestiones actuales. A cada momento queda de manifiesto en los sindicatos mismos, y sobre todo en los obreros desocupados para los cuales nada vale todo sindicalismo, la triste existencia de los proletarios en esta sociedad y el vasallaje innoble que impone el Estado.

Llamamos al orden a "La Rebelión"

Llamamos a los compañeros de «La Rebelión» al orden. Si hemos dado nuestra opinión contraria a la Federación Anarquista, la hemos dado de manera que desterraba el ataque y la animosidad personal. La forma misma en que hemos hablado de este asunto—con toda tranquilidad y sin apasionamiento ninguno, procurando hacer entender el criterio que nosotros tenemos de las ideas anarquistas—, demostraba nuestra intención de no hacer campañas sistemáticas de animosidad, y que pudieran procurarnos enterrar a ninguno. Eso sin duda, unido a nuestra extremada benevolencia para no reducir a su verdadero valor la mayoría de los elementos en que «La Rebelión» ha apoyado últimamente su campaña, se ha interpretado como debilidad, y envalentonados al no recibir los acostumbrados golpes a que nuestra brutalidad acude todavía para hacernos escuchar entre los compañeros, han creído que podían echarnos por delante y arrearnos, a gritos y a ponchazos, como a una yeguada en un campo... ¿De dónde saca tan extraordinario convencimiento de su propia fuerza «La Rebelión» para arrear a los demás, sin darles satisfacción alguna de sus razones? ¿Es para esto, para arrear así, que anhela reunir la fuerza de una Federación? Muy pronto pide «La Rebelión» nuestro cese, y el de nuestras jiras por todo el país, que han creado un número regular de centros que todavía están existiendo, y que con nuestras «ideologías» cedamos el paso a los que estudian la química o llevan por delante como ellos... Esto mismo demuestra cuál será el exclusivismo de esa Federación, que en tal forma se propicia, y la situación en que vendríamos a encontrarnos muchos compañeros, entre ellos nosotros. ¿Qué tenemos miedo? No, nosotros somos Juan sin miedo. Pero el proyecto de esa Federación nos ha parecido—como así resulta en realidad—un simple propósito de sobreponer una propaganda y hasta unos propagandistas a otros, de dictar exclusiones, de reducir de todas maneras el campo de la acción anarquista, en que nosotros también tenemos algo que hacer, aunque no sea mucho; y todo, no acreditando las cosas en la libertad, sino por medio de algunos cuantos grupos—o sellos—reunidos en Federación, como alguien ha querido asestar los mismos golpes a «La Rebelión» misma, y valiéndose no de una Federación Anarquista sino de una Federación Obrera. No diremos que los camaradas de «La Rebelión» no sean sinceros al juzgar la propaganda y los propagandistas y que ellos se crean los mejores y que todo lo demás que se hace no vale nada en comparación de lo que hacen ellos; pero debían tener más propósito de tomar de «hecho» la obra en sus manos, y no desear que se la pusiera en ellas una Federación, acallando a todos los demás con quienes no están de acuerdo o les molestan. Las direcciones de la propaganda se cambian mucho mejor de la primer manera que de la segunda. Y tienen la ventaja de mostrar a los hombres competentes también. Y hacer salir a los de acción, y retroceder a los que son pura espuma como la cerveza...

Vean los camaradas de «La Rebelión» que su artículo sólo contiene ofensas. Preguntarnos si tenemos miedo de sentirnos menoscabados o si desconfiamos de nuestras propias fuerzas para no convertinos en caudillos desde la Federación, es como preguntarnos si tenemos miedo o desconfianza de convertirnos en caudillos aceptando la colaboración con el Estado. No es esta la cuestión. La cuestión es que «La Rebelión» no ha dado otras razones para la organización del anarquismo, que la organización de los partidos políticos y la organización del Estado. Y aquí, en este «detallismo», para «La Rebelión» tan insignificante, reside el anarquismo o el anarquismo no es nada. Pasamos por alto todas las demás cosas o suposiciones que se refieren al juicio de nuestra labor de propagandistas; a este respecto sólo diremos una cosa: nosotros hacemos lo posible por crear grupos donde no los hay y relacionarlos «sin compromiso»; ellos por organizarlos... ¿Es que formamalmente quiere quitársenos también esta creación de la materia prima? ¡Pero si ella es toda nuestra satisfacción, y es tan modesta que no excluye a nadie a nuestro lado tampoco! ¡Si nosotros no creemos haber descubierto el «Sufficit» para nadie, si estamos en el arado y trabajamos nada más!...

Ahora, restablezcamos el verdadero valor de algunos de los documentos publicados por «La Rebelión». El proyecto de Federación a que se refiere el artículo de Aracemi, recortado de un número antiguo de «La Protesta» ¿saben los camaradas de «La Rebelión» qué era? Era el politiquco de un individuo que luego saltó de aquí y apareció en la policía de investigaciones de la Habana, haciendo detener a un compañero conocido nuestro: González Pacheco. El compañero Aracemi había caído por candidez en la discusión seria del proyecto. El buen compañero Esteve, de Nueva York ¿saben los camaradas de «La Rebelión» la «organización» que él mismo se ve obligado a defender allí y en cuyo apoyo transcribe de «La Rebelión»? Se llama «Mancomunidad»; es una simple institución compañerista, para abrir una sala, recibir libros y periódicos y dar un dólar por semana a los camaradas enfermos o sin trabajo, etc. Como se vé, no tiene la trascendencia que quiere dar «La Rebelión» a la Federación Anarquista, ni quiere servir para dictar exclusiones en la propaganda. Salvo lo del dólar, esto lo hacen aquí algunos grupos... ¿Es documento para «La Rebelión» el publicado de Arango y de Barrera, aun cuando se conservaran las faltas de ortografía? Como se vé, todo se reduce a nada o muy poca cosa. Aquí, por lo menos, la cuestión de las Federaciones Anarquistas, está desprestigiada: otra que quiso constituirse, era el proyecto de un señor Martínez Paiva, que ahora está en la burguesía. Este ha sido el politiquear en el campo anarquista. Y aunque los compañeros de «La Rebelión» no tengan este propósito, de hecho lo hacen y es todo lo que hacen con esta «organización» del anarquismo. Ideas de creación les habrían levantado menos resistencia. Hubieran dejado los «Sufficit» a quienes los traen siempre, o sea los políticos. Estos le organizan cualquier Estado, aunque sean los zulús, cualquier cosa aunque sea una Federación Anarquista.

La gira de Pacheco por el Norte

Por la Anarquía y "La Obra" semanal

EN SANTA LUCIA, ARRECIFES, PERGAMINO Y SALTO.—EL BALANCE. —¡EN OCTUBRE PARA EL SUD, HASTA BAHIA BLANCA!.

Lo que viene es lo mejor...

Ya está, también, esta campaña concluída, llevada a cabo. Sin dibujos ni aparatos, con solo meterse al tren y caer dispuestos a hacer propaganda de las ideas, las cosas se hacen, los pueblos se conglomeran, la Anarquía marcha. Y todo en la libertad, el buen acuerdo y el mutuo apoyo.

Van ya, con esta, tres jiras que realizamos. Todas con éxito, sin obstáculos, bien recibidas. Ni una sola ha precisado que la facture y la timbre, le dé vía libre, una institución oficial del anarquismo o alguna de las tantas federaciones que aquí gastamos. Los compañeros de fuera de Buenos Aires, no preguntan a qué fracción del proletariado pertenece el que va a hablarles, sino a qué ideal o causa sirve.

Una vez de esto enterados, si conviene a sus ideas, todo lo hacen, donde los pongan tiran. Reunen los medios, llaman el pueblo, buscan locales, abren sus centros, contribuyen con sus cobres; todo, todo libremente, espontáneamente... ¿Harían más por un delegado de una de las federaciones que aquí gastamos o de las nuevas que aún pretenden levantarse?... Digámoslo con franqueza: ¡harían menos!

Harían nada; entre otras cosas, porque los contínuos fiascos del anarquismo oficial, plagado de tiranuelos e ineptos, de chantagistas e irresponsables, les tiene asqueados, les da vergüenza. Esto si son buenos hombres, nada más. Si son buenos anarquistas, seguro que harían en contra, porque no cabe el concepto de la centralización de la propaganda en cerebros organizados para la libertad y la iniciativa propia.

Es una idea muy pobre, muy triste la que se forman de los amigos del campo, los federalistas de Buenos Aires. Pretenden regirlos y organizarlos. Y ya no en gremios u oficios, sino en su acción y sus voluntades. El Estado no hace más y contra él estamos, a él le decimos: ¡tirano!...

Pero, a qué hablar, si los hechos gritan... Ya van tres jiras, con ésta, llevada de punta a punta, con el solo apoyo mutuo y el buen acuerdo de los anarquistas interesados en ella. E irán cuatro, con la próxima del sud, hasta Bahía Blanca, que iniciare-

mos el mes que viene. ¿Qué más quieren?...

Láncense a trabajar, los federalistas; caigan a todos los pueblos, siembren ideas, cinchen en la tierra inculta, den el pecho a lo que salte, piedra o sable, apechugen con el sol, el frío y la lluvia, lleguen, en fin, al corazón de los hombres con palabras y con hechos, y verán, verán como todo puede ser. ¡Todo: hasta la Revolución que quieren! Y que también nosotros queremos...

Federaciones, organizaciones, oficialismo anarquista... ¡Bah!... Ya van tres jiras que hacemos, sueltos y libres, sin timbre, faja o delegación de nadie. En octubre salimos para la cuarta. Lo mejor es lo que viene...

En Santa Lucía.

Un buen acto, concurrido de trabajadores del surco, se efectuó el jueves 15 de agosto, en este pueblito. Vino, desde San Pedro, el compañero Vailanti; buscó un local, que era una casa reclén construída; hizo, con una mesa, un escenario; puso de telón de boca una sábana; y nos dimos la ilusión que estábamos en el teatro... El con el camarada Raggiani, representaron «Sin Patria» y «Héroe ignorado». Nosotros hablamos de la propiedad y de la Revolución.

Crujía la mesa, media despatarrada del peso de los actores, ondeaba el trapo camero bajo el resuello del público y las ideas caían sobre la testa y los pechos de los siervos de la gleba, igual que parvas de lino o sacos de trigo. Todos sudábamos como en un noble trabajo. Fué un lindo acto, este de Santa Lucía. ¡Un gran éxito!

En Arrecifes.

El sábado 17, hablamos en Arrecifes, en un café, con bastante concurrencia. En una hora agotamos nuestro tema. «Contra la guerra». El domingo 18, seguimos viaje.

En Pergamino.

Bianchi, de Junín, y nosotros, hicimos el gasto de la oratoria, en la plaza principal, ante unos 500 trabajadores. De noche, en un buen local, volvimos a hablar de la «Anarquía» y del «Comunismo». Hubo más público que a la tarde; se repartieron periódicos, y nos desparramamos entusiasmados.

En Salto.

Y llegamos al fin de nuestra jira, a los 20 días de principiada. La fecha inoportuna—un martes—hizo que solo se reunieran unas 300 personas. Abrió el acto y lo cerró el compañero Lebruilly. Nosotros hablamos de «El trabajador frente a la crisis».

El Balance.

Ha aquí lo que hemos recibido de los compañeros:

En Campana	$	4.—
» Zárate	»	10.—
» San Pedro	»	25 —
» Arrecifes	»	5.—
» Pergamino	»	10.—
» Salto	»	10.—
Total	»	64.—

Y he aquí lo que hemos gastado, en tren y vicios, durante estos 20 días:

Tren a Campana	$	4.—
» » Zárate y regreso ...	»	1.—
Gastos en Campana	»	3.—
Tren a S. Pedro	»	4.—
Gastos en S. Pedro	»	5.—
Girado a «La Obra»	»	15.—
Gastos en Sta. Lucía	»	2.—
Gastos en Arrecifes	»	3.—
Tren a Pergamino	»	2.—
Gastos en Pergamino y tren al Salto	»	10.—
Tren y gastos del Salto hasta Bs. Aires	»	8.—
Total	»	57.—

Ya ven: descontados los 15 pesos que entregamos a «La Obra», por voluntad de los compañeros de San Pedro, lo que ha costado la jira, en 20 días, son 42 pesos. Ha habido, pues, un superavit de 22 pesos para nuestro periodiquito. Y hemos gritado en las plazas, removidos la conciencias, interesado a millares de hombres del pueblo por el Comunismo Anárquico.

Harán más los camaradas que quieren organizar la propaganda, dirigirnos desde Buenos Aires? Digámoslo con franqueza: ¡harán menos! ¡siempre menos!

Y ahora al Sud.

La jira que interrumpimos por el sud, la realizaremos en todas sus partes ahora. La debíamos. El sábado 12 de octubre, la comenzaremos en Maipú; el 13, domingo, estaremos en Tandil; del 19 al 27 permaneceremos en Bahía para despachar todos los actos que organicen allí los compañeros. Volveremos, sobre «la pata», a Balcarce y Necochea: aquí, entre estos dos pueblos, nos detendremos del 28 o 29 de octubre hasta el 4 de noviembre que pasaremos a Mar del Plata. Estos compañeros solicitan a Pacheco por una semana: una semana pues, es decir, hasta el 11 estará allí. Total: un mes tomado al ancho y al largo para el Ideal y LA OBRA.

Y ahora, a preparar esos actos, compañeros. A propagar, a atraer el público. ¡A trabajar!

El terror

No se han andado nunca por las hojas los fuertes, cuando han necesitado matar; por eso han conquistado reinos e imperios, han impuesto su orden a la sociedad, y lo han conservado por el terror. Lo que no se ha removido nunca es el asesinato; hoy lo pide el burgués hasta para un asunto de huelga, sólo para que se le abra camino a sus dependientes o mercancías, y en él se apoyan cuantos gobiernos existen, hasta los que alardean de más populares y democráticos. Hace mil siglos que sólo impera el terror, que sólo se gobierna por el terror, que todo se sostiene en última razón por la muerte o el asesinato. ¿Dónde no está el terror, si éste lo vemos erguido por todos lados, si no necesitamos más que asomarnos a nuestras cárceles y cuarteles para encontrarlo, contemplar cuántos individuos y armados de qué terrible e irresistible manera están prestos para darnos la muerte? ¡Ah!, qué grito de hembra acobardada, privada de los acostumbrados amparos, señores de «La Nación», si llegara a descubrirse que el gobierno no tiene ya fuerzas para dar la muerte cuando es preciso, esto es para imponer el orden por el terror! Dejáos de duplicidades para juzgar los actos del terror. Es indiferente que la sangre vertida caiga en el uno o en el otro platillo de la balanza. Vuestra teoría es la del terror también, hasta para dar a los aliados el triunfo sobre los bolshevikis y los imperios centrales. ¡Si no tenéis otra teoría, ni idea que os sea más cara que el terror! Os agradan los actos de terror—diremos de fuerza, que es palabra que nos pasaréis mejor—si son realizados por vuestra idea, por vuestro partido; los registráis y no os parecen terror; no os parece terror, por ejemplo, invadir con tropas la Rusia para imponer un régimen por la fuerza. No os parece terror con los partidarios de Alemania, con ninguno de los enemigos en fin. Os parece terror el de éstos, el de los bolshevikis fusilando burgueses y a la ex-zarina y toda la familia imperial, como os pareceria terror el de las multitudes si llegara a debilitarse el gobierno...

El terror reina en Rusia: no, el terror reina en todas partes! No se ven en el tapete más que teorías de terror.

Si no fuéramos más que un vasallo...

El librito de las «cuarenta hojas»: el naipe; los libritos de unas cuantas menos hojas y de menos originalidad substancial: los diarios, los rotativos, que dan vuelta infinitamente a los mismos títulos y temas sobre las mismas bobinas de papel (de ellos recortaremos unas muestras más abajo); después todavía los que, con retratito en la tapa, ya cosidos y encuadernados, alcanzan hasta doscientas y más hojas: los pedazos del «diario de sesiones», las crónicas de la cámara, que mandan imprimir los diputados, con especialidad los socialistas—Palacios, Justo, Dickman; cada cual tiene el suyo, impreso o por imprimir, y todos juntos valen la misma nada—; la transubstanciación de los libros de la biblioteca blanca (Sempere), en simples cuadernos de ponencias parlamentarias, ponencias legales, de oficinistas, de directores de la cosa pública, de ejércitos, cañones, sueldos, jueces y policías, de los nuevos diputados que pide el censo, de arpillera, hilo sisal, y leyes y más leyes que se resumen en una sola cosa: el aumento del digesto donde ellas se escriben...—todo esto se ha hecho, se hace y se hará para alimento espiritual de una clase de hombres sin gusto, sin paladar, sin estómago, dados a la ociosidad y las tonteras, a las «cuarenta» de cartas, de discursos o programas políticos, de decretos o justicia de gobernadores; a la paja seca en fin, a la viruta; a los ases o los caballos de naipes, a las bolas de billar y a los tacazos de los jugadores radicales, conservadores o socialistas.

¿Qué importa, si mientras el uno da tiza al taco, el otro hace carambola; si al as le sale al cruce el caballo o la sota del otro palo; si hacen el juego así en vez de haberlo hecho al revés; si el uno es Moreira y se bate, y el otro se planta en las treinta y no quiere pasar a las treinta y una? — Estas son cosas de ellos, son sus arreglos o desarreglos entre señores—señores padres de la patria, señores diputados—; son riñas domésticas... ¡A todos los pagamos y los sufrimos a todos! Sus tinterazos, sus libros, sus riñas y todas sus po-

nencias, las escriben sobre nuestro cuero, con sacabocados como para que lo lean los ciegos! Lo que resultará de las ponencias de todos, y si todas triunfan con mayor razón, es lo que le pasó a aquel vasallo que cuenta Larra que, cazado por una junta carlista, dividida en todos ministerios, se puso a dictar leyes, diciendo a cada una: «Mando al vasallo aquí presente que obedezca». No le querían soltar; este vasallo somos nosotros, es el pueblo...

Y ya que hablamos más arriba de los títulos que dan vuelta los rotativos, ved cuál de las dos situaciones sería mejor para elegir, si los vasallos quedáramos reducidos a uno y todos los demás estuvieran constituídos en Junta Municipal para hacer nuestra felicidad. La primera es la plataforma del Partido Constitucional, y la segunda del Unitario. Hay otras más, pero de ellas hacemos gracia al lector.

Partido Constitucional

Autonomía municipal. Régimen impositivo y administración exclusiva de los bienes de propiedad del municipio. Ley aclaratoria de la federalización de la ciudad de Buenos Aires, de 21 de septiembre de 1880, a efecto de deslindar las facultades del presidente de la nación y del municipio de la capital.

Política municipal conservadora, en cuanto cimentada en los principios de patria, familia, propiedad y tradiciones nacionales, pero evolutiva y progresista para la adopción de todas las mejoras que requiera el bienestar de los habitantes de la comuna.

Municipalización de todos los servicios públicos: luz, circulación, mercados, publicidad, etc., en forma paulatina, directa por expropiación, indirecta por concesiones a término y coparticipación.

Construcción de viviendas baratas para obreros y empleados, de sala-cunas en los barrios suburbanos; creación y mejoramiento de las arterias de comunicación a los mismos para abaratar la producción y facilitar el tránsito.

Unificación de los impuestos que gravan el comercio y de las inspecciones con que se vigila su percepción, libertándolo de las exacciones y molestias que hoy soporta la multiplicidad de unos y otras.

Reglamentación de la carrera administrativa para los empleados municipales, bajo los principios de la competencia, la estabilidad y el ascenso.

Partido Unitario

Intendente electivo; municipalización de los mercados y del alumbrado público; diminución de los impuestos que gravan a los artículos de primera necesidad: pan, leche, aceites, etc.; mejoramiento y ampliación de los servicios de asistencia pública, creando un puesto en cada parroquia; aumento del número de camas de los hospitales, y supresión de las trabas existentes para la admisión de enfermos; intervención y contralor directo de la comuna en la instalación de sanatorios particulares, descentralización de éstos, llevándolos a los suburbios donde la densidad de la población es menor; creación de un panteón municipal para los empleados y servidores de la comuna, cuyos sueldos sean inferiores a 300 pesos; reforma del régimen impositivo municipal, adopción de las valuaciones hechas por la contribución directa para no someter a la propiedad raíz a dos criterios de valor distintos dentro del municipio y tender paulatinamente a la implantación del impuesto único; liberación de impuestos a las construcciones de edificios, recargo de los mismos a los terrenos baldíos, y equiparación a éstos de los edificios de la Avenida de Mayo cuyos frentes no han sido aún levantados; contralor directo de las empresas que explotan servicios públicos y otorgamiento de nuevas concesiones a nuevas empresas sobre la base de un término breve y una intervención directa de la municipalidad en su administración y participación en sus utilidades; creación de la casa municipal de expósitos con torno libre para suprimir toda traba al ingreso de párvulos, contribuyendo con esta humanitaria institución a aminorar el infanticidio; creación de cantinas maternales, dispensarios de lactancia y de higiene social municipales en todos los barrios.

Para reflexionar

Las palabras

Los animales que no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados, no creen ni son creídos. El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha; el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole!

¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirá y no palabras. «El hambre ¡oh lobos!», decidles, «se ha acabado, ahogado el monstruo para siempre...—Mentira» —gritarán los lobos—, «al redil; el hambre se quita con cordero!»... — La hidra de la discordia ¡oh ciudadanos!»—dice por el contrario un periódico a los hombres—, «yace derribada con mano fuerte; el orden de hoy más, será la base del edificio social: ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte: el iris de paz» (que no significa paz) «duce después de la tormenta» (que no se ha acabado): «de hoy más la legalidad» (que es la cuadratura del círculo) «será el fundamento del procomún»... etc., etc. ¿Ha dicho usted «hidra de la discordia, justicia, procomún, horizonte y legalidad?» Ved en seguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.— ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir «mañana» de cuando en cuando y hecharles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

El periodista

Ello no se puede negar que un periodista es un ser bien criado, si se atiende a que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar también de calidades de los más de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces foto y mal seguro, y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un día en que Dios disponga lo que él no haya escrito. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar a los pobres; y ha de saber dónde hace presa, y donde quiere Dios que hinque el diente. Le es indispensable la vista perpicaz del lince, para conocer en la cara del que ha de disponer, lo que él ha de poner; el oído del jabalí para barruntar el runrún de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar, cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y tan lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado demás, y como esas veces ha de irse sesgando por entre las matas a guisa de serpiente; ha de mudar de camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia con la mujer; ha de estar en continúa atalaya como el ciervo, y dispuesto como las sanguijuelas a recibir el tijeretazo del mismo a quien salva la vida; ha de ser, como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto, más que escriba con trabajo; y a todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto, con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal, parécese el periodista a las plantas, en acabar con ellas un huracán sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente: como la caña ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella: ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar cómo y cuando Dios disponga, y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en días obscuros ha de cerrar su cáliz y no dejar coger sus pistilos como la flor del azafrán; ha de tomar color según le dén los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que más calienta, como el girasol, y es planta muerta si no; semejase a las palmas en que mueren las compañeras empezando a morir una; así ha de servir para comer como para quemar, a guisa de piña; ha de oler a rosa para los altos y a espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parécese el periodista a la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien a todos; ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate; ha de ser dúctil como el oro: de plata no ha de tener ni aún el hablar en ella; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener más vetas que

una mina y más virtudes que un agua termal. Y después de tanto trabajo y de tantas calidades, ha de saltar, por fin, como acero en dando en cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible: no ha de contar sobre todo jamás con el día de mañana. ¡Dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe, por consiguiente, decir nunca como «El Universal»: «Este periódico sale todos los días excepto los lunes», sino decir: «De este periódico sólo se sabe de cierto que no sale los lunes».

J. M. de Larra
(Fígaro)

Tomamos al vuelo de «Fígaro» estas piedras que él dirigía a su época (que sigue teniendo sus correlativos en la nuestra), y con una lechada de cal de nuestra parte para refrescarlas y presentarlas como nuevas—sólo para refrescarlas, para hacer resaltar sus aristas o su enseñanza—, ahí van, las metemos como «cuñas a mano» —según una expresión del propio «Fígaro»—, en las cosas de nuestra época que nosotros vemos que les cuadran o les esquinan... Si son, como en las paredes, carteles mal pegados, que dejan levantadas las puntas para que el viento los arranque, no por eso ha sido menos nuestra intención fijar en ellas un verdadero cartel, que dure y que meta como «cuña a mano» la verdad.

Nosotros vemos que les cuadra y les recuadra a los radicales, el primer cartel, la primera «cuña a mano», que titulamos: «Las palabras». ¡Qué índole la del elector radical como la todos los electores que han sacado triunfante a su partido en el gobierno! ¡Este hombre cree todo, lo que brota de los labios de sus elegidos en el gobierno! ¿Qué manada de lobos se contentaría con un manifiesto o con un telegrama del inefable señor Irigoyen? Les ha dicho éste, y le dicen los otros (que no son lerdos ni mudos), que por fin se ha entrado en el orden y la regularidad, y que hacia dichosos horizontes, de hoy más, será orientado el procomún; y vedlos efectivamente por todas partes palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones...

¿Qué manada de lobos se contentaría con un diccionario de palabras de época o de decreto oficial, como esos que dos a tres son lanzados para abaratar la vida y que no han abaratado aún nada más que las palabras de este diccionario de época del señor Irigoyen y demás lenguaraces del «régimen»?

Ved lo que dice «La Nación»:

«Requerida la opinión del intendente municipal sobre el proyecto de ley para contener el alza de los precios en los artículos de primera necesidad, se ha pronunciado por la cotización oficial y forzosa, como medio de refrenar la especulación de carestía.

«Estos procedimientos están ensayados y desautorizados por la propia y la extraña experiencia, aun la que nos presentan los países en guerra, que a pesar de todo el rigor desplegado no han conseguido coartar una especulación sórdida y anupatriótica

«Si se cohibe el comercio libre, se fomenta la contracción, la ausencia de la oferta, y, por consiguiente, la avidez de la demanda que determina una angustiosa tensión de carestía.

«El agio o la especulación monetaria es lo que más afecta los precios y las transacciones; contra ello se han ensayado todos los arbitrios, siempre con resultados tanto más contraproducentes, cuanto más extremas y violentas fueron las medidas para refrenarlo.

«Si se fija un tipo forzoso y éste no conviene al vendedor o al especulador, se abstendrá de operar, reservará el artículo y el consumo se verá privado de las provisiones más indispensables. Contra este retraimiento del mercado no hay recurso alguno eficaz, por violento que sea. (La vaca escond de la leche).

«Si el precio oficial está dentro de las conveniencias del comercio y de la producción, la medida es tan arbitraria como inútil, y en ambos casos la intervención oficial resulta contraproducente para los mismos que se pretende proteger.

«Resulta, pues, siempre más razonable dejar que el mercado se regule por sus mismos factores e incentivos, ponderados por una concurrencia que contenga ganancias excesivas, ganancias fraguadas por una especulación sórdida.

«No hace mucho que el congreso dictó una ley de supresión de los derechos de abasto; el resultado ha sido contraproducente y perturbador; el beneficio ha aprovechado únicamente a los intermediarios; los precios no han bajado, las rentas municipales se han resentido de esa merma, y para substituirla ha habido que recurrir a otras imposiciones más onerosas».

No se puede hacer nada; nada más que telegramas, manifiestos; debitar hasta que miles de veces se repita el diccionario de las palabras de época y de consideración o decreto oficial...

¡Todas mentiras—dirán los lobos, en este caso los hambrientos—; al redil, al redil, el hambre se quita con cordero!...

***

El segundo cartel, la segunda «cuña a mano», nos sirve para pesar el valor de la prensa burguesa. ¡Triste cosa es el periodista asalariado, y cuán pobre sér el que tiene un periódico suyo y que debe meter, haciéndose instrumento de los ricos y poderosos, amos y señores del mundo! Con ser el retrato del tipo más común que es explotado por la burguesía, tiene algunos caracteres que pueden extenderse a todos los de la clase, hasta a los que son libres y quieren decir a toda costa su pensamiento, como los anarquistas. El sacar y agrupar los detalles de cada uno, ha de dejarse al lector. Una sola cosa ha de observarse, y es que entre todos los esclavos de la burguesía, el proletario más infeliz, aquel que debe someterse más, es el proletario intelectual. El cambio del esfuerzo físico por el esfuerzo solamente intelectual—rutinario además casi siempre—, es contra pesado por un contínuo atropello moral que no aceptaría igual el obrero. Mientras éste no somete más que sus brazos y su fuerza, conservando poco menos que intacto su fuero interno, aquél es éste que debe someter, hasta lo último, hasta un punto en que no quede más dueño de él, sino sea todo del amo...

Y basta ya. Y para que baste también para todo, diremos que nos viene como anillo al dedo para poner en LA OBRA, dadas nuestras contínuas dificultades para aparecer regularmente: «De este periódico sólo se sabe de cierto que no sale todas las quincenas».

Las huelgas de estos dias

Enseñanzas y consideraciones

El pueblo va aprendiendo cada vez más que no puede confiar nada a la legalidad, que todo debe confiarlo a sí mismo. El desengaño del gobierno viene por sí solo, contemplando su acción en la realidad. El pueblo acaba por darse cuenta que no hay gobierno, de ningún partido que sea, que valga, que para el caso es lo mismo que no lo hubiera votado; que puede echar todos los memoriales que quiera, como si los echara a un buzón, hacer presentaciones, agotar todos los medios de la humilde petición, intrigar por medio de las influencias y la política, y que eso no le valdrá nada, será lo mismo que haber perdido el tiempo, mientras no se eche a la calle desengañado y emprenda las operaciones de una verdadera ofensiva, contra esos mismos amos ante los cuales inútilmente peticionó, y que tratan ahora de disuadirles de una actitud de esa naturaleza, y que sólo si son fuertes, si su «demostración» es como la de un buque que cañonea una ciudad o tropas que efectúan un desembarco, les concederá lo que con la fuerza reclaman, después de haber fracasado reclamar por la legalidad... El precedente de la legalidad, por el que en vano claman ahora los gobiernos, como voz en desierto, ha sido sustituído por el pueblo por el precedente de la «huelga», único que al pueblo ha dado alguna vez los resultados que desea, ha curado sus males o le ha servido para librarse de la maldad del mismo gobierno, por éste voluntariamente sostenida y apoyada con toda su fuerza. La experiencia es ya en toda clase de gentes tan grande, que muy poco se confía al gobierno—mucho menos en lo que éste está directamente interesado—, y la mayor parte se confía a las operaciones de ofensiva del pueblo, como los estudiantes cordobeses que al fin, por este medio, van a ser escuchados, y como ahora los telegrafistas y empleados postales que emprendieron su ofensiva contra el gobierno.

No hay más ley de salud que la que uno mismo imponga, uniendo su fuerza a la de sus compañeros. Todas las demás son leyes de infamia, y son éstas exclusivamente las que defiende el gobierno. Llama en el acto a su lado a todos los infames—no le molesta la compañía—y con éstos pretende contrarrestar a su vez a los que con su legalidad ha mantenido en la infamia. Si triunfa el gobierno por los que traicionan: ¿qué es sino el gobierno una gran traición? Los carteros radicales han de darse cuenta ahora, que el radicalismo es, y no otra cosa, la traición pública y sostenida por las armas, a su justa causa del sueldo de cien pesos; los estudiantes de Córdoba hánse dado cuenta hace mucho también que era la traición a su justa causa de libertar sus aulas de la férula católica... El gobierno no es más que la traición del pueblo; por eso el pueblo vése obligado a emprender operaciones contra él. Han sido los estudiantes de Córdoba los que primero comprendieron que no debían ponerse del lado de la traición del gobierno, con el pretexto de hacer respetar las leyes, como después la ha ejecutado éste otra vez con el pretexto de hacer repartir las cartas. Véase esta resolución asociándose no al gobierno sino a la huelga gene-

ral, a las operaciones de ofensiva de los obreros.

«Considerando que la huelga decretada por la Federación local reconoce su más amplio justificativo en las inícuas exacciones soportadas por la clase obrera, y ejercidas por el capitalista avasallador, que solo busca el propio engrandecimiento a costa de la miseria y sacrificio de los proletarios.

«Que la juventud universitaria no puede ser indiferente ni permanecer extraña a reivindicaciones de oprimidos ni a la demanda de los que soportan las tiranías y ansian la emancipación que ha de librarlos una vez por todas del despotismo que ahoga a los desheredados.

«Por ley de honor y de justicia, la junta ejecutiva de la Federación Universitaria resuelve: 1º. adherirse a la huelga decretada por la Federación Obrera local; 2º. dirigir una nota a la Federación de Estudiantes secundarios y especiales, solicitándole su adhesión al paro general; 3º. recomendar a sus afiliados la cooperación en el movimiento obrero; 4º. designar a los estudiantes Marcos Ponza, Julio Molina y Luis Ruiz Gómez, para dirigir la palabra a los obreros».

La huelga lleva en sí el carácter de una «demostración», como el cañoneo de una ciudad o el desembarco de tropas, muchas veces pedidos por los mismos burgueses; más aún, debe emprender operaciones de una verdadera ofensiva; bien andará si aplica las teorías de los burgueses para la guerra. El gobierno invoca el precedente de las leyes; el juez de La Plata, Zavalía, recuerda todas las penas horribles para el que destruye correspondencia, etc. ¡No puede ser! Las operaciones de ofensiva llévanse adelante sin temor—como ésta y otras diez mil veces ha pasado—, en la seguridad de que cuantos códigos y leyes, todos los respetos y todas las decencias, apoyan únicamente la traición. Las operaciones de ofensiva han de ser cada vez más grandes, a medida que el verdadero carácter de la huelga sea mejor interpretado; entonces se verá proceder como en la guerra, buscando los golpes rápidos y eficaces de los ejércitos que persiguen un objetivo. Con la victoria todo será absuelto. No pueden quejarse los que llevan las cosas a este resultado, por la traición contínua de la legalidad, que no oculta su objeto y larga la traición a la calle, custodiada por soldados, y con significación de contraofensiva en todos sus términos.

Cuando decimos que todas las leyes no contienen sino la injusticia, que son leyes de infamia y no de salud, no nos referimos únicamente a las que invoca el juez Zavalía para la traición a la justa causa de los carteros en huelga; nos referimos también a la falta de equidad de las mismas leyes. La ley del salario mínimo establece este beneficio para los hombres y no para las mujeres. ¿Qué se quiere hacer de éstas, pues? Lo que quieren hacer de ellas los hombres infames: hacerlas sus hembras... A mucho más de mil codos de altura están los carteros que han reclamado con la huelga la igualdad del salario mínimo para las mujeres, que no los legisladores que han sostenido la diferencia con su firma. Como conciencia y como inteligencia —según decía Spencer—el Parlamento se ha revelado inferior al término medio del país.

NOTAS Administrativas

Granos caídos

Rendir unas líneas a los granos que han caído de la espiga — a aquellos de nuestros compañeros que han muerto, dejándonos sin su calor y actividad que también nos valían, y valían un puño más en nuestras cosas y una voz más en el conjunto de nuestras voces —; sí, lo podemos hacer... Con nuestros compañeros somos los granos que formamos una espiga; ésta está compuesta por los compañeros que son, y ayer lo estuvo por los que fueron también... Recordamos todos los granos que formaban nuestra espiga ayer y anteayer; los compañeros que estuvieron, cómo eran y lo que valían; los capullos jóvenes que se deshicieron a los vientos y nos hacían concebir la esperanza de grandes y hermosos frutos...

Se nos han caído de la espiga, deshecho a los vientos, entre los capullos jóvenes, dos últimamente aquí: Antonio Mosti y Abraham Baisich. En Paraguay, nuestro agente de LA OBRA, Ernesto Leal. En Rosario, Miguel Baudracco. Y a los camaradas de la Biblioteca Internacional, consecuente hasta lo último, Rafael Gutiérrez... Todos están ya muertos y enterrados, y los que quedamos continuamos la marcha sin ellos...

De los viejos, de los que han contribuído a aclarar nuestras dudas y formar nuestra conciencia, Luiggi Molinari ha sido el grano caído, en Italia. Su deceso ha sido la página «Fin» de un libro cuyos cuadernos nos ha ido dando la mayor parte de su vida: nos referimos a su obra y sus publicaciones.

Nuestro beneficio

¿Una carrerita? No, de tales cosas huímos. El domingo primero de éste tenía matinee *La Protesta*, y LA OBRA también. Nosotros no hubiéramos buscado correr una carrera con nadie así. Por eso nos bastó nuestro éxito, con él estuvimos satisfechos y contentos, sin sacar otras consecuencias de él, en una carrera casi de competencia, corrida involuntariamente.

El cuadro «Iris», dirigido por Domenech, no defraudó al público y dejó la impresión de que mucho más se podrá esperar de él. La conferencia de Pacheco fué de las mejores. Vale la pena oirle «la tierra» dicha en esa forma; se viviría mejor en esa tierra comunista pintada por él... Público de quinientas personas. ¿Qué más podríamos decir a los veinte días de esto?

Balance

De la matinee a beneficio de LA OBRA realizada en el G. Garibaldi el 1º de Setiembre, organizada por el Ateneo Libertario del Sud.

Entradas

Por 519 entradas vendidas a 0.60 c. u.	$ 311.40
Donación de varios	» 1.60
Total . . .	$ 313.—

Salidas

Salón	$ 70.—
Permiso municipal	» 10.—
Derechos de autor	» 6.—
Utilería	» 15.—
Sastrería y peluquería	» 20.—
Permiso policial	» 1.—
Imprenta	» 22.50
Gastos varios	» 5.50
Total . . .	$ 190.—

Resumen:

Entradas	$ 313.—
Salidas	» 190.—
Beneficio	$ 123.—
Para cubrir el déficit de la matinne anterior	$ 70.—
Para LA OBRA	» 53.—
	$ 123.—

Valores y giros a nombre de L. Nikels, Buenos Aires

Cantidades recibidas:

M. I.—Jujuy.—Recibimos 4.—.

A. C.—Recreo.—Para «Renovación» 1.—; para P. N. 3.50 y para nosotros 1.—.

J. M.—V. Urquiza.—Por paq. 3.—.

M. P.—San Pedro.—Id. 12.—.

J. P.—Ciudad.—Susc. 1.20.

T. F.—Cruz del Eje.—Susc. 8.60.

P. B. C.—Rosario.—Id. 1.—.

S. C.—Ing. White.—Id. 2.—.

F. D.I.—La Plata.—Id. 5.—; a/c paq. Nº 22, 3.— y saldo paq. Nº 21, 9.—.

M. A.—G. Roca.—Por susc. 0.60.

F. D. A.—Montevideo.—Para «Renovacinó» 4.—; y por suscs. 9.— en dos remesas.

J. C. H.—Winifreda.—Para postales 1.10.

A. P.—Avellaneda.—Para «El Hombre», Montevideo, 2.80 y para nosotros 1.20.

J. F.—Carmen.—Por libros 3.—; para «La Rebelión» 1.—; para Prensa Anarquista, 1.50 y 1.— por donación.

J. I.—Necochea.—Por suscs. 3.60.

A. P.—Talleres.—Para «La Rebelión» 0.60; para «Renovación», 0.60 y para nosotros 0.60.

M. A. T.—Trenque Lauquen.—Tomamos nota de los 12.— mandados a «La Protesta »para nosotros.

J. D.—G. Arenales.—Para «Renovación» 1.20; para L. de E. Racionalista 1.— y por suscs. 6.60.

J. G. G.—B. Blanca.—Para M. C. 10.— y para nosotros 15.—.

R. D.—B. Piñeyro.—Por paqs. 10.—.

A. P.—V. María.—Por suscs. 10.80; por libro 1.20.

J. S.—Elortondo.—Por libros y folletos 3.50; susc. 1.50.

A. R. G.—Resistencia.—Id. 5.—.

Ramos.—San Fernando.—Por dons. 2.—.

M. S.—Ciudad.—Paqs. 3.—.

M. G.—Id.—Susc. 2.—.

G. F.—Id.—Id. 0.60.

G. L.—V. Alsina.—Susc. 2.—.

P. A.—Ciudad.—Id. 0.60; don. 0.40.

C. L.—S. Lugares.—Paqts. 2.40.

V. L.—Ciudad.—Para «Renovación» 0.60; paquetes 0.50.

O. G.—Ciudad.—Paqts. 8.—.

F. L.—Liniers.—Paq. 0.50.

F. E.—Ciudad.—Susc. 0.60.

E. V.—Id.—Id. 1.20.

S. F.—Id.—Paqts. 2.—.

L. P.—Id.—Id. 1.—.

V. C.—Id.—Don. 0.50.

S. I. G.—Id.—Susc. 1.20.

J. P. R.—Id.—Venta ejemp. 1.40.

J. M.—Susc. 0.60.

Un donante del matinee 0.50.

Otro íd. íd. íd. 0.20.

C. M.—Tigre.—Para «Renovación» 1.—; para nosotros 1.—.

F. O.—Ciudad.—Don. 0.40.

B. C.—Id.—Susc. 0.50 y por paq. de L. 0.60.

M. A.—Id.—Susc. 0.60.

B. V.—Merlo.—Don. 1.—.

J. M.—Ciudad.—Paqts. 2.45.

A. P.—Berisso.—Id. 5.—.

J. Z.—Ciudad.—Paqts. 12.55.

D. V.—Id.—3.—.

T. O.—Pergamino.—Paqts. 2.—.

A. V.—Ciudad.—1.—.

R. L.—Id.—Suscs. 3.—.

M. S.—Los Pinos.—Por intermedio de «La Rebelión» 1.20.

J. R.—Campana.—Id. íd. 0.60 por paq.

NUEVO AGENTE

Para todo lo que se relacione con LA OBRA en Pigüé pueden dirigirse a Antonio López, Avda. Casey 345.

Librería Hispano Argentina
Rivadavia 1731 - U. T. 3524, Libertad
Se remite catálogo de obras sociológicas etc., a toda la república.